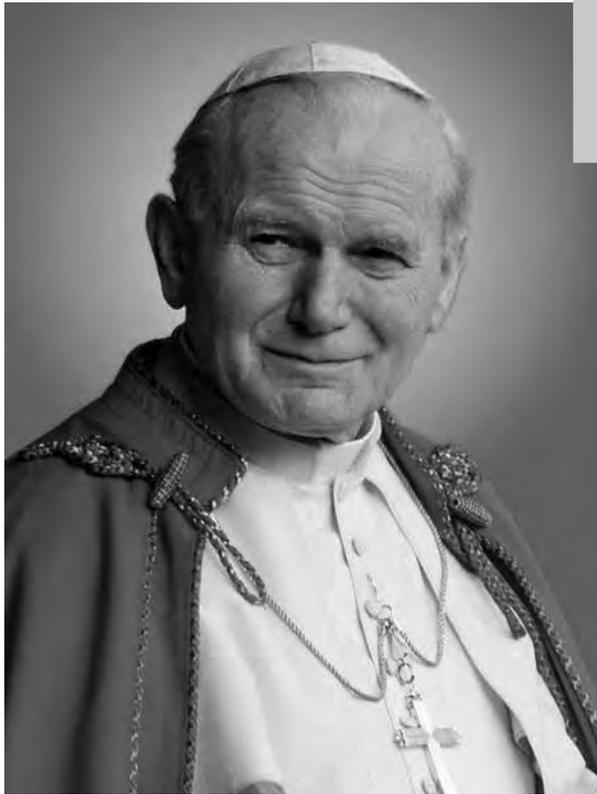


Santo súbito

San Juan Pablo II

Luis Ovando Hernández, s.j.*



ACIPRENSA

Este Papa peregrino ejerció su ministerio petrino con incansable espíritu misionero. Realizó 104 viajes apostólicos fuera de Italia, y 146 por el interior de este país. Además, como obispo de Roma, visitó 317 de las 333 parroquias romanas. Bajo su guía la Iglesia se acercó al tercer milenio y celebró el Gran Jubileo del año 2000. El 27 de abril de 2014, junto con Juan XXII, fue nombrado Santo

El 2 de abril de 2005 cuando me enteré de la muerte de Juan Pablo II. Entre las innumerables manifestaciones de dolor entremezclado con agradecimiento que se siguieron a nivel mundial, en solidaridad por la desaparición del papa Wojtyła, una llamó particularmente mi atención. En medio de la muchedumbre agolpada en la Plaza San Pedro de Roma, un grupo de católicos exhibió una pancarta bien curiosa, escrita en italiano: *Santo subito*.

Lo que entonces ganó mi simpatía por su ocurrencia, con el paso del tiempo fue expandiéndose entre más y más cristianos hasta que el papa Francisco la hiciera realidad, proclamando santo al Papa polaco el pasado 27 de abril del presente año.

Desde hace algún tiempo soplan nuevos vientos en el Vaticano que están cambiando radicalmente su fisonomía. Una de estas novedades puede verse en la reducción del proceso de canonización para algunos miembros de la Iglesia. El procedimiento fue sorprendentemente expedito: bastaron seis años desde la muerte de Juan Pablo II para que su sucesor Benedicto XVI lo beatificara, y en el arco de otros tres años aproximadamente Francisco lo elevara a los altares.

Una vez que Karol Wojtyła ha pasado a engrosar el elenco oficial de nuestros santos, quiero ofrecer unas pocas consideraciones sobre su figura en tres momentos bien sencillos.

EL INSTRUMENTO PRIVILEGIADO DE APOSTOLADO: SU PROPIO CUERPO

Karol Wojtyła (1920-2005), sucedió a Juan Pablo I en la sede petrina a la edad de 58 años; antes ocupaba el cargo de arzobispo cardenal de Cracovia, su tierra natal. Su pontificado estuvo signado por lo que entonces lo distinguía antes de abrazar el sacerdocio, es decir ser un ecléctico deportista y de profusas dotes histriónicas. El método que san Juan Pablo II privilegió para llevar su mensaje alrededor de los 130 países que visitó, durante sus 27 años como sucesor de Pedro, fue su propio cuerpo, su persona. A dife-

rencia de quienes lo precedieron (excepto el otro Papa que canonizaron con él, Juan XXIII), el Papa no tuvo reparo alguno en mostrarse, darse a los demás, encontrar a las personas, a todas aquellas que quisieron verlo y conversar con él. Este era su fuerte, su persona era el medio.

Un segundo elemento a extraer de su historia, por su reconocida influencia en el ejercicio de su papado, es su lugar de origen y los momentos cruciales que le tocó vivir. Juan Pablo II vio su país ocupado por el nazismo, fue testigo en primera persona de la persecución desatada contra los judíos, y llegó a solidarizarse con estos últimos evitando su deportación a los campos de concentración. Más adelante conocerá los sinsabores del comunismo y tomará partido a favor de los diversos movimientos obreros organizados entonces, a través de una pastoral directamente insertada en este mundo, combinada con la enseñanza a nivel universitario. De acá Juan Pablo II desarrolla una sensibilidad social del todo particular hacia las víctimas de todas partes, de todos los tiempos, que acompañará teñida de coherencia gestual allí donde se encuentre con los necesitados y excluidos.

Una vez que Karol Wojtyła ocupa la cátedra petrina el 16 de octubre de 1978, deja entrever sus posiciones más bien conservadoras especialmente en el plano moral y teológico, y de resistencias a una mayor apertura de las distintas estructuras vaticanas a los tiempos actuales. Su pontificado fue polémico y de valencia varia. Por un lado, fue un pastor cercano, genuinamente preocupado por su grey y honestamente acogedor, y por otro, fue determinante en su condena a la Teología de la liberación e intransigente con las exigencias que entonces se elevaban en favor de una mayor comprensión de los excluidos de la participación plena de la Iglesia.

EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

San Juan Pablo II hizo suya la expresión de su antecesor Pablo VI, quien en 1968 bautizó así el continente americano cuando se convirtió en el primer Papa en venir. Karol Wojtyła jamás ocultó su aprecio por estas tierras, que visitó profusamente, y por lo que respecta a algunos países, en más de tres ocasiones. Asimismo, nos dedicó una exhortación apostólica, *Eccelesia in America* (Ciudad de México, 1999), donde rescata lo esencial de nuestra vocación cristiana, es decir el encuentro con la persona de Jesús.

Venezuela recibió a Juan Pablo II dos veces (1985 y 1996), y le abrió sus brazos cariñosos a este carismático personaje, querido por muchos feligreses por su ascendencia y cercanía, acostumbrado a romper los protocolos propios de su investidura; no obstante las limitaciones que la salud le iba imponiendo, especialmente durante su segunda venida, quiso mostrarle al país cuán-

to lo quería. Aún se siente en nuestro ambiente la influencia de estas visitas que nos dispensó.

ORA PRO NOBIS

El acto canónico-litúrgico que lleva a la santificación de un cristiano es precedido por una realidad que en definitiva es su fundamento: los cristianos *canonizamos* a otros cristianos en lo escondido de nuestros corazones. Mucho antes de que la Iglesia se pronuncie, y los proclame santos, los fieles, especialmente con oraciones de petición, reconocemos que aquellos a quienes nos remitimos han sabido entablar una relación sólida de amistad con Dios, de modo que creemos efectivamente que pueden interceder por nosotros ante el Padre.

Juan Pablo II es un santo de nuestros días, *pan recién horneado*. Los pocos comentarios que hice más arriba dejan entrever sus limitaciones humanas durante el ejercicio de su ministerio; sin embargo, ello no es impedimento para que tantas personas de buena voluntad lo hayan incluido a él al momento de relacionarse con el Señor, llevando a la Iglesia a proclamarlo santo. Y no es porque su tarjeta de presentación sea la de un potente al que recurrir en momentos desesperados; creo que lo que más atrae a las personas de san Juan Pablo II es su simpatía, su proximidad. Él fue capaz de proclamar el Evangelio de Jesucristo con su cuerpo, sus miradas, abrazos, sus gestos preñados de paternidad espiritual. Quienes se encontraron con él por distintos medios, vivieron parte de esta experiencia apenas descrita. Lamentaron su desaparición física. Le dieron gracias al Padre de todos por el Papa, y comenzaron a pedirle favores. Juan Pablo II sintió y expresó su afecto por todas las personas que encontró de modo sincero. Un ejemplo por todos: a él le gustaba encontrarse con los jóvenes, y estos correspondieron a esta constante papal con el amor impetuoso, inconmensurable, propio de su edad.

Termino. Juan Pablo vivió dos sistemas totalitarios con sus aberrantes consecuencias, palpó las atrocidades propias de la violencia absurda, capaz de exterminar a un ser humano por el simple hecho de ser racialmente diferente, conoció la pobreza que mata antes de tiempo a los hijos de Dios, tocó la injusticia resultado de decisiones económicas inhumanas, y sin embargo no se rindió; al contrario, optó por Dios, a quien dio su vida. A un santo así podemos los venezolanos encomendarle que deposite nuestras súplicas en las misericordiosas manos de Papá Dios. Concédenos san Juan Pablo II la fuerza necesaria para no desfallecer en la misión de hacer presente al Dios de Jesús en nuestra tierra. Amén.

*Profesor de Teología Fundamental en el ITER-UCAB y de Redacción en el Colegio San Ignacio.